

**FREUD NO SE EQUIVOCO,
PERO LA MUJER ES DIFERENTE**

LUCE IRIGARAY

La editorial Saltés acaba de publicar un libro capital para la comprensión de los problemas que plantean las luchas de las mujeres. Su título: "Speculum, espéculo de la mujer". Su autora es Luce Irigaray, psicoanalista, lingüista, ensayista, que fue expulsada recientemente de la Escuela Freudiana de París por haber osado contradecir las teorías de Freud referentes a la sexualidad femenina. Con Luce Irigaray hemos charlado durante horas. He aquí un resumen de esta conversación, que empezó, naturalmente, con la evocación de los recientes libros —escritos por mujeres— que son virulentos con el feminismo.

**ADELAIDA BLAZQUEZ-
RAMON CHAO**

LUCE IRIGARAY.—Sí, estamos ante una tentativa de sofocar el movimiento de las mujeres debido a la crisis económica, pues como siempre sucede en estos casos, la crisis recae principalmente en ciertas minorías o, mejor dicho, en lo que se suele llamar así. Se puede comprobar que el paro aqueja más a las mujeres que a los hombres; que se habla, en Francia, de revisar la ley sobre el aborto, para suprimirla, debido a problemas de producción y de política general. Es decir, que como hay paro, se incita a las mujeres a que vuelvan al hogar y, de paso, a que hagan otro hijo, para resolver el problema del descenso de natalidad. Lo que se plantea, pues, es saber si las mujeres van a tomar conciencia a tiempo de que lo que sucede es la consecuencia de un estado económico-social-cultural general y cómo van a organizar la resistencia para no sufrir las consecuencias de esta crisis. Lo cual es muy difícil, porque para luchar hay que hacer antes un análisis y una interpretación profundas de la ideología y de lo político. Yo diría que el movimiento femenino se encuentra en una etapa de su historia, y se trata ahora de analizar la ideología que pesa sobre nosotras, con más profundidad de lo que se hizo antes.

TRIUNFO.—¿La crisis no repercute igual en los hom-



Luce Irigaray, psicoanalista, lingüista, ensayista, autora del libro "Speculum, espéculo de la mujer".

bres de las clases oprimidas? ¿No cree usted que los partidos políticos de izquierda tratan de resolver este problema globalmente y a su modo?

L. I.—Yo diría que sí, pero añadiría que, en cierta medida, los partidos políticos parecen haber olvidado lo que decían Marx y Engels, que la primera explotación del hombre empieza por la explotación de la mujer por el hombre. Así que, en cierto modo, al lado de esto, las demás explotaciones pueden considerarse como secundarias. Se

nos dice que hay que pensar en la mayoría. Me parece muy bien, pero no hay que olvidar que la mayoría somos nosotras.

T.—*En su libro preconiza usted la creación de un lenguaje específicamente femenino, como medio de liberación de las mujeres. Al leer esto pensaba en la frase de Antonio de Nebrija, "siempre la lengua fue compañera del Imperio". ¿Se puede decir que la lengua que hablamos es un instrumento de la dominación masculina?*

L. I.—Sin duda alguna, por eso las luchas femeninas son tan radicales, porque ponen en entredicho el imperio de la lengua. Y como decía Nietzsche, "mientras subsista la gramática, Dios subsistirá". Yo he estudiado la lingüística y la lógica, y puedo asegurar que es muy divertido ver cómo los lingüistas están dispuestos a aceptar palabras nuevas, pero no aceptan que se toque a la sintaxis y a la lógica de la lengua, porque significa el fin de su imperio. Y, efectivamente, no puede haber liberación del deseo de las mujeres, en una palabra, sin modificar el imperio de la lengua.

T.—*¿Por qué? ¿Las mujeres no pueden expresar sus deseos, sus sentimientos, en esta lengua?*

L. I.—Eso es. Porque el modelo y la lógica de la lengua no corresponden a un deseo femenino, a un imaginario femenino, a un modo de intercambio entre mujeres. El modelo aristotélico, retórico y lógico que nos rige, es adecuado para una expresión del deseo y del imaginario patriarcal y falocrático, pero no para expresar los deseos y los imaginarios femeninos.

T.—*¿No se puede decir que es inadecuado para todo el mundo, hombres y mujeres?*

L. I.—Es cierto que también en el hombre, o en el mundo de la cultura, hay una contestación del modelo lógico gramatical, especialmente desde Nietzsche. Pero la contestación que se efectúa desde el



"Si el hombre fuese receptivo y deseoso del goce femenino, se nutriría de él".

lado masculino no es la misma que se hace desde el femenino.

"Por otra parte, diré que se aceptan figuras de retórica suplementarias si las mujeres quieren expresar sus sentimientos, lo que se ha permitido siempre, pero no se trata de eso, de que las mujeres dispongan de una pequeña región en una gran lengua, sino de modificar las estructuras mismas del lenguaje. Pero repito, sería el fin de un cierto poder social y cultural fundado en la propiedad privada, basado en la apropiación del cuerpo y del placer de las mujeres, así como de sus hijos, y el fin de un cierto sistema de producción. Ahora bien, por todas partes se perciben signos precursores del final de este imperio.

T.—Tal vez las mujeres estén situadas, puesto que la relación "hombre-mujer" es una relación elemental.

L. I.—Eso es evidente. En el

siglo diecinueve empezó a plantearse el problema del "otro". El otro fue primero el "salvaje"; luego, el niño; más tarde, el loco, lo que se admite todavía entre ciertos "progresistas". Y ahora, el "otro" más próximo, más irreductiblemente cercano, el que no se quiere ver, es el "otro" de la diferencia sexual. Yo creo que el orden actual, la célula familiar, la propiedad privada, etcétera, se funda en la abolición de ese "otro".

T.—De todas formas, tenemos la impresión que se ha llegado a una maduración desde hace unos tres o cuatro años, y que lo que dicen las mujeres puede ser comprendido por los hombres de buena voluntad. Incluso algunos llegan a convencerse de que es beneficioso para ellos mismos.

L. I.—No me hago ninguna ilusión. Se trata de la infima minoría. No hay que olvidar que el acceso de las mujeres a

la palabra significa, para el hombre, la pérdida de un cierto modelo de potencia sexual. Los hombres se encuentran en un engranaje sexual que, de hecho, les plantea muchos problemas, incluso de impotencia, precisamente. Y, en cierto modo, tendrían que abandonar el ejercicio del poder para volver a encontrar su propia potencia. No hay muchos hombres que puedan hacer este gesto. En primer lugar, no lo pueden hacer del día a la mañana, porque están montados como máquinas, de la misma forma que las mujeres están montadas como máquinas sometidas y masoquistas. Hay montajes históricos y seculares que no se deshacen por milagro.

T.—Se han hecho experiencias con monjes superiores. Ya sabemos que las monjas están en celo en períodos precisos, y que los machos las montan en esos períodos. Pues bien,

se les ha dado a las hembras hormonas que las mantienen en celo durante todo el año, y el resultado es que los machos no las deseaban. Los pusieron luego con monjas sin condicionar hormonalmente, y la sexualidad de los machos volvió a funcionar. ¿Cree usted que se puede extrapolar, y que el hecho de que durante siglos se haya reprimido y se haya negado la sexualidad femenina mantenía en seguridad el deseo femenino? En cambio, si se libera el deseo femenino, el hombre se encuentra en absoluta inseguridad en su deseo, impotente.

L. I.—Sí; esto está en relación con la economía secular de su deseo. Y deberíamos preguntarnos por qué lo que domina es el economismo de la sexualidad masculina. Yo creo que está ligado al problema de la detumescencia y al de la rareza, de la escasez.

"En cambio, las mujeres tienen otra economía peligrosa, que es la economía de la abundancia. Yo creo que la sexualidad femenina liberada vive en la abundancia. Las mujeres, en su sexualidad, no tienen esa discontinuidad, sino todo lo contrario. En las mitologías arcaicas observamos la superabundancia sexual de las mujeres, a la que no se ha encontrado una ordenación. La única forma de ordenarla ha sido la represión, una represión monumental, hasta llegar a decir, lo que es monstruoso, que las mujeres no tienen sexualidad. Hay gente muy inteligente, incluso lo vemos en el pensamiento de Freud, que dice que las mujeres no tienen libido. Lo cierto es que, seguramente, lo tienen en demasía...

T.—En el hombre, evidentemente, se plantea el problema de las posibilidades físicas.

L. I.—¿Qué quiere decir eso?

T.—Bueno, que el hombre no puede hacer continuamente el amor cinco o seis veces por día.

L. I.—¿Quién le metió esa idea en la cabeza?

T.—Bueno...

L. I.—¿Quién le ha dicho que cansa hacer el amor? ¿No ▶

LUCE IRIGARAY

será —y eso lo vemos en la literatura oriental— que el hombre no se alimenta bastante y, de forma positiva, del goce de su compañera? En la cultura occidental, el hombre da el amor y se cansa ¿Pero qué modelo es éste? Si el hombre fuese receptivo y deseoso del goce femenino, se nutriría de él. Yo creo que el goce es una reciprocidad, y así no resulta fatigante.

“También se le ha creado al hombre el problema de que si está con una mujer tiene que ponerse en erección necesariamente, y si no lo hace es una catástrofe. Pero si al fin y al cabo no es tan difícil poner en erección a un hombre! Y el placer de la mujer no consiste en que la penetren cinco o seis veces, ni que eyaculen en ella otras tantas. Es otra cosa. De lo que se trata es de establecer otros modelos de relaciones corporales, de ternura, y también de lenguaje, porque ya resultan insostenibles esas escenas sexuales intermitentes, mudas, en las que el objeto debe permanecer silencioso, porque si habla, rinde al hombre impotente. Casi estoy por comprender la angustia del hombre ante la imposibilidad de no poder responder a una solicitud. Pero tendría que saber, en primer lugar, cuál es esa solicitud. Hasta ahora, quien la define y quien regula su economía es el hombre. Y no lo hace en relación a la mujer, sino en relación a otros hombres, para ser más potente que un eventual amante.

“En resumen, cabría preguntarse si el orden simbólico no determina la organización social, y esto es lo que falta en los análisis de Marx. Claro que no podía haber indagado en su tiempo que la lengua es una infraestructura y responsable de cierto tipo de sociedad.

T.—En “Speculum” es usted muy crítica hacia Freud también.

L. I.—No veo por qué hay que convertir a Freud en un dios infalible. Es cierto que

descubrió cosas muy importantes en el mundo del inconsciente, que no está agotado y que sigue vigente. Pero vivió en un momento dado de la Historia y en una sociedad muy precisa con su tradición y sus deseos patriarcales y burgueses. El estableció su teoría dentro de esos marcos. O, más bien, la establecieron sus discípulos, porque Freud dudaba, como científico honrado que era. De todas formas, cuando Caron Hornay, Mélanie Klein o Ernst Jones le dicen que sus teorías tal vez no fuesen aplicables a las mujeres, Freud defendió sus teorías. Al final reconoce que la mujer es el “continente negro” del psicoanálisis, que quizá haya soslayado ciertas cosas, en particular las relaciones entre madre e hija, pero en la polémica de mil novecientos treinta y dos sobre la sexualidad femenina, defiende la teoría de Edipo. Adopta la postura clásica de los teóricos: defiende su sistema, defiende su territorio.

T.—Sin embargo, descubrió la importancia de la sexualidad infantil y el papel del inconsciente, a través del psicoanálisis de varias mujeres, en particular de Ana O. ¿Cree usted que eso fue su error?

L. I.—No creo que se haya equivocado, pero no ha tenido en cuenta los condicionamientos históricos, y erigió una norma de la condición femenina a partir de la interpretación que hizo de los síntomas, y de las insatisfacciones de sus pacientes, sin ir más lejos, sin pensar que esas “patologías” podrían explicarse por una cierta situación de la cultura y de la sociedad.

“Lo que describe sobre las mujeres no es completamente falso, pero no veo cómo una mujer, apresada en un sistema sociocultural semejante, hubiera podido comportarse de otra forma. Su error consistió en haber establecido como norma, como si fuera el fondo de lo femenino, lo que ellas decían, cuando lo que expresaban era, ante todo, su sufrimiento y su explotación.

En definitiva, el psicoanálisis, en la mayoría de los casos, adapta a las mujeres a la sociedad existente, pero no les permite expresar lo que sólo son capaces de balbucear o de somatizar, y que hay que ayudarles a descubrir.

T.—Si es así, las mujeres no deberían psicoanalizarse. Esta terapia no les conviene.

L. I.—Yo creo, en efecto, que un psicoanálisis de las mujeres es imposible si no se tiene en cuenta la diferencia de sexos. Y, desgraciadamente, casi ningún psicoanalista piensa en esto. Yo, en la práctica, he comprobado que existen muchos casos de mujeres que se psicoanalizaron, que reconocen todo lo que le deben al psicoanálisis, pero que, en el fondo, en lo relativo a su deseo, nada ha cambiado en ellas. Se encuentran en un estado de desesperación mayor, porque creen que puesto que el psicoanálisis no ha podido resolver ese problema, ya no queda ninguna solución.

T.—¿No sucede lo mismo con los hombres? Es decir, que el psicoanálisis les ayuda a integrarse en la sociedad capitalista.

L. I.—Es cierto, con la diferencia de que la sociedad a la que les readapta el psicoanálisis es la que ellos han construido.

T.—No se puede decir que un hombre que se psicoanaliza haya construido la sociedad capitalista y, si así fuera, es una víctima.

L. I.—Estoy de acuerdo. Pero no se puede negar que históricamente esta sociedad ha sido construida por la fuerza del trabajo y por la fuerza del deseo del hombre. Es cierto que sufren en y por la sociedad que han creado. Pero las mujeres se encuentran exiliadas dentro de esta sociedad.

T.—Parece que una de las teorías de Freud que más excitan su virulencia es la de la mujer castrada, la mujer de treinta años.

L. I.—Lo que digo en mi libro es que se trata de un mo-

delo proyectado por el hombre y ligado a sus angustias. Según Freud, la mujer de treinta años es una mujer casada, que ha producido el número de hijos que necesita la sociedad y que se acuesta con un hombre que ya no la desea; o sea: una persona que habiéndose conformado con un modelo económico-social, ha terminado su vida. Yo veo, en cambio, que quien está instalado en la vida y en su carrera, quien no se plantea más preguntas que aquellas cuyas respuestas ya conoce, es el hombre de treinta años.

T.—La mujer soltera es un personaje mal visto en la sociedad. Y, sin embargo, su número aumenta.

L. I.—En eso también se aprecia la desaparición de ciertos esquemas bien anclados, como el de que la mujer debe depender del hombre. En realidad, las mujeres soportan mucho mejor la soledad —una vez pasado el momento de la crisis— que los hombres. Fundamentalmente, son más capaces de autonomía, a pesar de que todo, en su mente, en sus deseos, en sus cuerpos y en el orden económico, haya sido preparado para que sean dependientes. El hombre, en cambio, necesita su casa, su madre, y su criada.

T.—En “Speculum” evoca usted las condiciones posibles para que se establezcan relaciones armoniosas entre los dos sexos. Y habla usted de juego...

L. I.—Yo espero que un día haya dos vertientes del sexo, del imaginario, de la representación, que puedan crear juntas. Se trata de introducir otro espacio en una cultura que se agota, que es triste y decadente. Para que haya juego debe haber al menos dos jugadores. Si sólo hay un universo y su complemento, si los dos sexos están encastados uno dentro del otro, no puede haber un espacio entre ellos que permita la existencia del juego. ■ Declaraciones recogidas por A. B. y R. Ch.